

CONSERVADURISMO Y DEMOCRACIA EN EL PENSAMIENTO DE SAMUEL P. HUNTINGTON

Gabriele Ciampini
gabriele.ciampini1@gmail.com

***Resumen.** Mi artículo pretende ilustrar el problema de la relación entre realismo político, conservadurismo y democracia en el pensamiento de Samuel P. Huntington. Este pensador es conocido por su análisis de los regímenes políticos contemporáneos, según el cual es probable que la democracia sea disfuncional si no puede acomodar todas las instancias desde abajo. Esta posibilidad es particularmente concreta en las democracias de masas, en las que la participación política excesiva tiene el efecto de sobrecargar las solicitudes que la clase política no puede aceptar plenamente. Veremos cómo esta teoría tiene una visión conservadora.*

1. Introducción

Pocos temas han recibido atención similar a la que se ha dedicado a la teoría de la democracia. En los países occidentales, fue visto como el mejor régimen político por definición, capaz de contener todos los valores que normalmente se atribuyen a la llamada «civilización occidental»: estado de derecho, protección de la libertad individual, división de poderes, secularismo del estado, etc.

El monto de estos valores y procedimientos es el resultado de una compleja génesis histórica e intelectual que escapa a muchos. A menudo tendemos a hablar de «democracia» y «liberalismo» como si los dos conceptos fueran intercambiables. En realidad, muchos autores liberales, desde Tocqueville (1848) hasta Hayek (1973-79),



siempre han mostrado cierta intolerancia, si no una hostilidad abierta, hacia la democracia.

El liberalismo, por lo tanto, a menudo ha acusado a la democracia de ser un régimen político potencialmente capaz de obstaculizar el crecimiento económico mediante la creación de gasto público descontrolado y una burocracia asfixiante.

La democracia a menudo se ha visto como ese régimen político capaz, que involucra a los estratos populares de la sociedad, para conducir al caos social y la inestabilidad política perenne. No es casualidad que la creación del *welfare state* a menudo se vea como el resultado del advenimiento de la democracia de masas. Los «treinta años gloriosos», es decir, el período que comenzó desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el final de los años setenta, en el que los gobiernos europeos implementaron una serie de medidas contra la pobreza y la exclusión social, siguieron al advenimiento de la democracia de masa.

El liberalismo también ha advertido a menudo contra posibles desviaciones iliberales de este régimen político: la democracia solo tiene sentido si es capaz no solo de satisfacer las demandas de la mayoría, sino también de proteger los derechos de las minorías que, habiendo perdido las elecciones, no pueden gobernar.

En resumen, en los países occidentales (aquellos donde se ha teorizado y desarrollado la democracia) la democracia también debe caracterizarse por un cuerpo robusto de valores que se basan en la tradición liberal.

Según algunos estudiosos, el objetivo del liberalismo habría sido «diluir» los objetivos originales de igualdad y justicia social que la democracia propuso lograr.

De hecho, volviendo sobre la historia del liberalismo, no podemos dejar de notar cuánto miedo está presente por el «gobierno de pasiones» al que conduciría la democracia. En este sentido, el objetivo del constitucionalismo liberal es frenar el poder del estado a través de algunos arreglos constitucionales, comenzando con la división de poderes.

Este artículo tiene como objetivo demostrar que el liberalismo (o al menos parte de él) ha contribuido al desarrollo de una «teoría realista» de la democracia.

Esta visión también tiene sus raíces en el pensamiento conservador, caracterizado por una desconfianza manifiesta del progreso y en la capacidad de la política para desarrollar soluciones adecuadas.

Uno de los autores que más ha contribuido al desarrollo de una teoría realista de la democracia, combinándola con una visión más general del orden político, es Samuel P. Huntington. Es famoso sobre todo por la ópera *El choque de civilizaciones* (1996), en la que presagió, tras la caída del Muro de Berlín, un contraste cultural entre Occidente y el islam.

Para los propósitos de este artículo, el trabajo más interesante de Huntington es *El orden político en las sociedades en cambio* (1968), en el que elabora una teoría de la modernización política.

2. Huntington y el conservadurismo

Antes de analizar sus consideraciones sobre la democracia, es apropiado resaltar en qué consiste el conservadurismo en el pensamiento de este autor. Según Huntington, el conservadurismo es

[...] el conservadurismo es ese sistema de ideas empleado para justificar cualquier orden social establecido, sin importar dónde o cuándo exista, frente a cualquier desafío fundamental a su naturaleza o ser, sin importar de qué parte. La esencia del conservadurismo es la afirmación apasionada del valor de las instituciones existentes. Esto no quiere decir que el conservadurismo se opone a todo cambio. De hecho, para preservar los elementos fundamentales de la sociedad, puede ser necesario adquirir cambios en cuestiones secundarias. Sin embargo, ninguna persona puede adoptar la ideología conservadora, a menos que esté fundamentalmente contento con el orden establecido y comprometido con su defensa contra cualquier desafío serio. El conservadurismo en este sentido es posible en los Estados Unidos hoy solo si existe un desafío básico para las instituciones estadounidenses existentes que impulsa a sus defensores a articular valores conservadores. (Huntington, 1957, p. 455)

Obviamente, el conservadurismo, como cualquier ideología política, se caracteriza por una pluralidad de variantes que dependen del contexto histórico y cultural en el que se aplicó. En Occidente, Edmund Burke es considerado uno de los máximos exponentes del conservadurismo. Burke analizó los rasgos de la ideología conservadora, que son esencialmente seis:

(1) El hombre es básicamente un animal religioso, y la religión es la base de la sociedad civil. Una sanción divina infunde el orden social legítimo, existente.

(2) La sociedad es el producto natural y orgánico del lento crecimiento histórico. Las instituciones existentes encarnan la sabiduría de las generaciones anteriores. El derecho es una función del tiempo. «Prescripción», en las palabras de Burke, «es el más sólido de todos los títulos ...».

(3) El hombre es una criatura de instinto y emoción, así como de razón. La prudencia, el prejuicio, la experiencia y el hábito son las mejores guías que la razón, la lógica, las abstracciones y la metafísica. La verdad no existe en proposiciones universales, sino en experiencias concretas.

(4) La comunidad es superior al individuo. Los derechos de los hombres derivan de sus deberes. El mal tiene sus raíces en la naturaleza humana, no en ninguna institución social en particular.

(5) Excepto en un sentido moral supremo, los hombres son desiguales. La organización social es compleja y siempre incluye una variedad de clases, órdenes y grupos. La diferenciación, la jerarquía y el liderazgo son las características inevitables de cualquier sociedad civil.

(6) Existe una presunción «a favor de cualquier esquema establecido de gobierno en contra de cualquier proyecto no probado ...». Las esperanzas del hombre son altas, pero su visión es corta. Los esfuerzos para remediar los males existentes generalmente resultan en males aún mayores (Huntington, 1957, p. 456, mi traducción).

De estas premisas, podemos entender cómo para Huntington el conservadurismo consiste en un escepticismo sustancial hacia el progreso humano. Con esto, Huntington no quiere decir que los conservadores se opongan, o deberían oponerse, a la idea de progreso. Simplemente, el conservadurismo se distingue por una visión esencialmente pesimista del hombre, visto como un pecador. Si el ser humano no es simplemente un individuo racional, sino también instintivo, es ilusorio pensar que sus acciones siempre están motivadas por intereses legítimos. Según Huntington, el problema no radica en las instituciones a corregir, sino en la naturaleza imperfecta del hombre. Según una visión religiosa, la causa de esta imperfección radica en el pecado original. Este «pesimismo antropológico» es uno de los fundamentos del conservadurismo para Huntington. Para esto es necesario que existan fuertes reglas morales capaces de dirigir a los individuos hacia un comportamiento socialmente aceptado. El objetivo es mantener el orden político.

En la era premoderna, fue particularmente fácil lograr este objetivo: a pesar de los grandes cambios políticos que han seguido a lo largo de los siglos, las sociedades premodernas se basaron en pocas pero seguras referencias culturales: la comunidad, la familia, la Iglesia, etc. La sociedad era económica y culturalmente estática. Obviamente era una visión que no contemplaba la idea de progreso o innovación en lo más mínimo.

Desde estas premisas, Huntington analizó las características de esta modernización: una igualdad social cada vez mayor entre los ciudadanos y un acrecimiento de la participación política. Estos fenómenos políticos y sociales deben ser acompañados de una modernización institucional. Con esta expresión, Huntington indica la institucionalización del proceso político, o la confianza necesaria en las instituciones y la disciplina social que debe acompañar a la movilización política. A partir de la suposición de que existe una institución porque logra ganarse la confianza de la comunidad, Huntington afirma que un gobierno debe ser capaz de guiar a la sociedad. Si logra este objetivo, podemos hablar de una sociedad desarrollada, una sociedad con un alto nivel de institucionalización.

Huntington afirma que la falta de confianza hace que sea mucho más difícil consolidar el poder político. De hecho, impide el nacimiento de una sociedad compleja y el retiro de individuos a sus pequeñas comunidades tribales, tal vez en una guerra perpetua entre ellos. Es precisamente la presencia de conflictos sociales lo que hace necesaria la autoridad.

De hecho, con el surgimiento de sociedades complejas, la importancia de las instituciones se vuelve cada vez más relevante. Según Huntington, esta creciente complejidad hace que la presencia coagulada de las instituciones centrales sea cada vez más necesaria.

La modernización crea expectativas crecientes en partes cada vez más grandes de la sociedad, y nada como el crecimiento de la frustración puede desestabilizar una sociedad.

Según Huntington, si un sistema político alcanza un alto grado de movilización política sin que las instituciones logren incorporar todas las solicitudes provenientes de la sociedad, es destinado a la inestabilidad política, que puede potencialmente conducir al caos.

Según Huntington, esta creciente complejidad hace que la presencia unificadora de las instituciones centrales sea cada vez más necesaria. El gobernante medieval, con la ayuda de instituciones

intermedias, podría gobernar entidades políticas cada vez más complejas, dada su capacidad cohesiva.

Entre la cultura de la sociedad y las instituciones de la política hay una relación dialéctica. La comunidad, observa de Jouvenel, es «la institucionalización de la confianza», y la «función esencial de las autoridades públicas» consiste en «acrecentar la confianza mutua que existe en lo más íntimo del conjunto social». A la inversa, la falta de confianza en la cultura de la sociedad crea tremendos obstáculos para la formación de instituciones públicas. Las sociedades carentes de un gobierno estable y eficaz tienen asimismo deficiencias en lo referente a confianza mutua entre sus ciudadanos, a la lealtad hacia los intereses nacionales y públicos, y a sus aptitudes y capacidad organizativa. Se dice a menudo que sus culturas políticas están marcadas por la sospecha, los celos y la hostilidad latente o manifiesta contra cualquiera que no sea miembro de la familia, la aldea o, en otros casos, la tribu. (Huntington, 1968, p. 36)

3. La crisis de la democracia

Como hemos dicho, la modernización consta de ciertos elementos, como un aumento de la participación política, la urbanización y la industrialización.

Dado que el advenimiento de la democracia ha implicado una participación popular cada vez mayor, esta no ha llevado a una disminución de los poderes del Estado, sino a un aumento de la misma. De hecho, desde la segunda mitad del siglo XIX, las luchas de los trabajadores, los grandes partidos socialistas y las grandes organizaciones sindicales han presionado por garantías sociales sin precedentes. Abogaron por una autonomía cada vez mayor del parlamento del ejecutivo, alegando que el primero, en virtud de su misión de representación, debería prevalecer sobre el segundo.

Anteriormente dijimos que las sociedades premodernas se caracterizaban por una independencia de los poderes intermedios del soberano, que tenía que mediar entre las diversas instancias provenientes de estos organismos. Esta ausencia de gobierno aristocrática y antidemocrática solo podía funcionar porque la mayoría de la población estaba excluida del proceso de toma de decisiones. Ahora podemos analizar las tesis contenidas en el informe de la Comisión Trilateral titulado *The Crisis of Democracy*

(Crozier, Huntington, Watanuki, 1975), escrito por Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki. Crozier se pregunta: «¿las democracias europeas se están volviendo ingobernables?» (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, cap. II, p. 1).

La superioridad de las democracias a menudo se ha atribuido a su apertura básica. Los sistemas abiertos, sin embargo, ofrecen mejores retornos solo bajo ciertas condiciones. Están amenazados por la entropía si no pueden mantener o desarrollar regulaciones apropiadas. Las democracias europeas han sido solo parcial y, algunas veces, teóricamente abiertas. Sus regulaciones se construyeron sobre una selección sutil de participantes y demandas; y si podemos hablar de sobrecarga, a pesar del progreso logrado en el manejo de la complejidad, es porque este modelo tradicional de detección y gobierno a distancia se ha desmoronado gradualmente hasta el punto de que las regulaciones necesarias casi han desaparecido. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 12, mi traducción)

Para Crozier, el cambio es el efecto del desarrollo económico que ha contribuido a cambiar las expectativas y los deseos de las clases bajas de la sociedad, ansiosas, a partir de la Revolución Industrial, de beneficiarse de la mejoría general de las condiciones de vida que la innovación tecnológica y de la intensidad de producción económica prospectada. Esto llevó a un deseo de participación política.

En segundo lugar, la difusión de información a gran escala, que ya no está destinada a la élite gobernante, ha permitido la aparición de una conciencia social y política incluso en aquellos que tradicionalmente estaban excluidos del debate público: La explosión de información ha dificultado, si no es que ha hecho imposible, mantener la distancia tradicional que se consideró necesaria para gobernar (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 13, mi traducción).

Según Huntington, estos cambios sociales, políticos y culturales radicales han provocado un crecimiento organizativo y burocrático. Ha habido una sobrecarga de instancias desde abajo que, en la Edad Media, provenían de las capas más calificadas de la sociedad. Todo esto lleva a un aumento en la complejidad social y política que los políticos occidentales no pueden manejar.

A partir de estos supuestos comunes, Crozier (como los otros autores del informe de la Comisión Trilateral) llega a la conclusión de que la credibilidad del gobierno se está minando. La autoridad

del soberano antes del advenimiento de la democracia se debió al hecho de que la sociedad era mucho más fácil de administrar.

Otra serie de factores que tienden a sobrecargar todos los sistemas sociales industriales o posindustriales se desarrolla a partir de la complejidad natural que es el resultado del crecimiento organizacional, la interdependencia sistémica y la reducción de un mundo donde cada vez menos consecuencias pueden tratarse como externalidades aceptables. Las sociedades europeas no solo no escapan a esta tendencia general, sino que tampoco la enfrentan con el aumento necesario de las capacidades de gobierno. Los políticos y los administradores han encontrado que es más fácil y más conveniente renunciar a la complejidad. Tienden a acomodarse a él e incluso a usarlo como una útil pantalla de humo. Se puede dar acceso a más grupos y más demandas sin tener que decir que no, y se puede mantener y ampliar la propia libertad de acción o, en términos más desagradables, la propia irresponsabilidad. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 13, mi traducción)

Según Crozier, el orden político estaba garantizado por ciertos valores jerárquicos considerados durante mucho tiempo esenciales. Son estos valores los que han hecho una contribución sustancial a la ausencia de participación política. Su ausencia ha llevado al avance de reclamos sociales que una vez fueron desconocidos. La masa de ciudadanos que presionan por una mayor intervención estatal es como si fuera «nostálgica» de la época en que la política se caracterizaba por una mayor autoridad. Sin embargo, esta autoridad implica, por parte de los ciudadanos, el respeto de la autoridad constituida y el cumplimiento de las normas morales tradicionales.

Europa se encuentra en una situación muy especial porque tiene un largo historial de control social tradicional impuesto al individuo por las autoridades colectivas, especialmente el Estado, y por las instituciones religiosas jerárquicas. Ciertamente, estas autoridades e instituciones se habían liberalizado a lo largo de los siglos desde la época del absolutismo. Sin embargo, aún persiste una fuerte asociación entre el control social y los valores jerárquicos, lo que significa que una contradicción básica tiende a reaparecer. Los ciudadanos hacen reclamos incompatibles. Debido a que presionan para tomar más medidas para enfrentar los problemas que tienen que enfrentar, requieren más control social. Al mismo tiempo, se

resisten a cualquier tipo de control social asociado con los valores jerárquicos que han aprendido a descartar y rechazar. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 21, mi traducción)

El desarrollo económico que siguió a la Revolución Industrial, según Crozier, también condujo a un aumento en las expectativas de los ciudadanos sobre el estado: «el cambio produce expectativas crecientes que no pueden ser satisfechas por sus resultados necesariamente limitados. Una vez que las personas saben que las cosas pueden cambiar, ya no pueden aceptar fácilmente las características básicas de su condición que una vez se dieron por sentadas» (Crozier, Huntington, Watanuki 1975, p. 22, mi traducción). Hay que decir que estas expectativas también se ven frustradas por el hecho de que los períodos de alto crecimiento económico van acompañados, como en el caso europeo, de un período de recesión.

Además, los partidos y sindicatos socialistas han exacerbado deliberadamente, según Crozier, el conflicto social para movilizar una parte cada vez mayor de las clases trabajadoras. Aquí, también, existe la paradoja de una dialéctica entre las expectativas y la frustración con los resultados fallidos. Las clases trabajadoras, apoyadas por estas organizaciones, piden más intervención pública para aliviar las tensiones sociales. Cuando el Estado, debido a la falta de recursos, no puede lograr estos objetivos, puede suceder que las organizaciones de trabajadores acepten compromisos, lo que lleva a una mayor disciplina por parte de los empleados en el lugar de trabajo. Sin embargo, esta disciplina solo puede conducir a una frustración creciente. Por lo tanto, existe una dialéctica curiosa entre los intentos de acordar con la autoridad establecida para implementar políticas económicas y sociales compartidas y, al mismo tiempo, una tendencia a tomar un camino más radical:

En general, incluso si los trabajadores se han integrado mejor en el sistema social general, sin embargo, se sienten básicamente frustrados con las formas de negociación que no les permiten mucha participación. Por lo tanto, una ideología radical es necesaria para permitirles comprometerse con el juego social. Esta situación es especialmente fuerte en cualquier país donde se pueda argumentar que los grupos de clase trabajadora no se han beneficiado de la prosperidad tanto como deberían o podrían haberlo hecho. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 23, mi traducción)

El hecho de que los ejecutivos ya no puedan garantizar un estándar mínimo de gobernabilidad lleva a los ciudadanos a solicitar una política más actual, que sea más capaz de resolver sus problemas. Esto condujo al nacimiento del *welfare state* y el moderno aparato burocrático. Sin embargo, este aparato está cada vez más separado de las necesidades de los ciudadanos, es administrado por una *élite* de funcionarios cada vez más autorreferenciales. Esto determina, según Crozier, un círculo vicioso: por un lado, los ciudadanos están separados de la vida pública al perder la fe en la política. Por otro lado, la política intenta remediar aumentando exponencialmente el gasto público y la burocracia:

El gobierno burocrático divorciado de la retórica política y de las necesidades de los ciudadanos fomenta entre ellos la alienación y la irresponsabilidad que forman el contexto necesario para la ruptura del consenso que se ha desarrollado. La falta de consenso a su vez hace que sea indispensable recurrir al gobierno burocrático, ya que no se puede correr el riesgo de involucrar a ciudadanos que no aceptan las reglas mínimas del juego. En general, cuando el control social se ha logrado tradicionalmente mediante una fuerte presión burocrática, el consenso democrático no se ha desarrollado completamente y las rupturas consensuadas son posibilidades endémicas. Todos los países europeos conservan algunos de estos mecanismos tradicionales de control. (Crozier, Huntington, Watanuki 1975, p. 17, mi traducción)

Samuel Huntington también apoya la tesis de que «demasiados» ciudadanos pueden participar en la vida pública, lo que causa una sobrecarga de solicitudes, imposibles de aceptar por completo por el gobierno. Es autor del segundo capítulo de *Crisis de la democracia*, relacionado con el análisis de la situación política en los Estados Unidos. Huntington comparte la tesis de Crozier de que la modernización económica y política ha llevado a una crisis de autoridad establecida y, en consecuencia, a un aumento de la actividad gubernamental. Más allá de los juicios que se pueden hacer del pensamiento de Huntington, la cuantificación del proceso expansionista del Estado está claramente sin núcleo. Veinticinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial, el presupuesto público de los Estados Unidos se enfrentó a dos cambios importantes: el primero fue la carrera armamentista debido a la Guerra Fría, por lo tanto, por razones de política exterior.

El segundo estaba relacionado con la política interna y consistía en el cambio de bienestar.

Huntington, un exponente de la ciencia política anglosajona, tiene un enfoque diferente: ilustra la expansión del Estado mediante el gasto público considerando un período mucho más corto, de unos cuarenta años. Él tiene, de alguna manera, menos «reclamaciones». Para él, el avance del poder no se debe a causas estructurales, no está intrínsecamente llevado a crecer. En cambio, todo depende de circunstancias históricas verificables muy específicas. Si aumenta el gasto público en armamentos, esto no se debe a una tendencia natural, sino a que un Estado (en este caso Estados Unidos, no «el Estado» en general) siente la necesidad de armarse. Si hay otras causas (por ejemplo, presiones sindicales) y al mismo tiempo los factores que llevaron a la carrera armamentista dejan de existir, entonces el gasto social aumentará. Sin embargo, como hemos dicho, Huntington cuantifica el crecimiento del estado al afirmar que la operación de rearme para tratar eventos como el golpe de Estado checoslovaco y la agresión de Corea del Norte a Corea del Sur costó un cambio significativo en las políticas fiscales.

El resultado fue una gran expansión en las fuerzas militares de los EE. UU. y una remodelación drástica de la estructura de gastos y actividades gubernamentales. En 1953, los gastos de defensa nacional habían aumentado de su nivel de 1948 de USD 10.7 mil millones a USD 48.7 mil millones. En lugar del 4 por ciento del PNB, ahora constituían más del 13 por ciento del PNB. Los gastos no relacionados con la defensa se mantuvieron estables en el 15 por ciento del PNB, lo que hizo que los gastos gubernamentales generales representaran el 28 por ciento del PNB (frente al 20 por ciento en 1948) y las compras gubernamentales de bienes y servicios el 22 por ciento del PNB (frente al 12 por ciento en 1948). En resumen, la participación gubernamental en la producción de la economía estadounidense aumentó aproximadamente un 80 por ciento durante estos cinco años, prácticamente todo en el sector de defensa nacional. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 66, mi traducción)

Con el surgimiento de la emergencia en el contexto de la política exterior, las administraciones de los Estados Unidos centraron su atención en la política interna. En 1960, la defensa absorbió una parte del presupuesto público diez veces mayor que la del cuidado de la salud. En 1972, era solo cuatro veces mayor. En 1974, estos

dos sectores absorbieron 33 % y 31 % respectivamente (Huntington menciona Edward R. Fried, et ál., *Setting National Priorities; The 1974 Budget*, Brookings Institutions, Washington, 1973).

El exceso de gastos sobre los ingresos fue obviamente una fuente importante de la inflación que plagó a los Estados Unidos, junto con la mayoría de los demás países industriales, a principios de la década de 1970. La inflación era, en efecto, una forma de pagar las nuevas formas de actividad gubernamental producidas por el cambio de bienestar. El alcance de la brecha fiscal, su aparente inevitabilidad e intratabilidad, y sus efectos potencialmente desestabilizadores fueron lo suficientemente ominosos para que el sistema existente generara una nueva variedad de análisis marxista del inevitable colapso del capitalismo. «La crisis fiscal del estado capitalista», en palabras de James O'Connor, «es la consecuencia inevitable de la brecha estructural entre los gastos e ingresos estatales». Como sugiere Daniel Bell, en efecto, el argumento representa un neomarxismo marxista: el marxismo original decía que la crisis capitalista sería el resultado de una competencia anárquica; el neomarxismo decía que sería el resultado de la guerra y los gastos de guerra, el estado de guarnición; ahora, la revisión más reciente, teniendo en cuenta el cambio de bienestar, identifica la expansión del gasto social como la fuente de la crisis fiscal del capitalismo. Sin embargo, lo que los marxistas atribuyen erróneamente a la economía capitalista es, de hecho, un producto de la política democrática. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 72-73, mi traducción)

El aspecto central de este proceso fue que no condujo a Estados Unidos a la paz social y «satisfacción general»; por el contrario, el efecto del aumento del gasto público condujo a una movilización renovada que puso en tela de juicio la legitimidad del gobierno. Especialmente desde la década de 1960, los empleados, los estudiantes y, en general, las personas empleadas en funciones subordinadas ya no se sentían obligados a obedecer diligentemente a sus superiores. Cada grupo social reclamó el derecho a participar activamente en la vida política:

La esencia del surgimiento democrático de la década de 1960 fue un desafío general para los sistemas de autoridad existentes, públicos y privados. De una forma u otra, este desafío se manifestó en la familia, la universidad, las empresas, las asociaciones públicas y privadas, la política, la burocracia gubernamental y los servicios

militares. Las personas ya no sentían la misma compulsión de obedecer a aquellos a quienes habían considerado anteriormente superiores a ellos mismos en edad, rango, estatus, experiencia, carácter o talentos. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 75, mi traducción)

Según Huntington, en los Estados Unidos en la década de 1970, la vitalidad política y asociativa de la década de 1960 generó los problemas de gobernabilidad de la democracia. Como en la Europa analizada por Crozier, Estados Unidos también ha visto una radicalización ideológica en el debate político. Huntington cita un episodio paradigmático: durante estas dos décadas se realizaron encuestas para establecer el criterio utilizado por los ciudadanos para expresar sus preferencias electorales. Los resultados fueron que una parte no indiferente de la muestra analizada expresó su voto sobre la base de la fidelidad ideológica. Esto para Huntington representa una mala señal de democracia, ya que lo distancia de un modelo en el que los ciudadanos votan sobre la base de un cuidadoso análisis racional.

Este patrón de polarización en desarrollo y coherencia ideológica tuvo sus raíces en dos factores. Primero, aquellos que son más activos en la política también tienen más probabilidades de tener puntos de vista coherentes y sistemáticos sobre cuestiones de política. El aumento de la participación política a principios de la década de 1960 fue seguido por una mayor polarización de la opinión política a mediados de la década de 1960. El aumento de la polarización, a menudo implicó niveles más altos de conciencia grupal (como entre los negros) que luego estimuló una mayor participación política (como en la reacción violenta de los blancos). (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 77, mi traducción)

Además, la confianza pública en la clase dominante sufre una tendencia descendente similar a la que hemos visto en Europa. Huntington atribuye esto sobre todo a la radicalización ideológica. Proporciona el resultado de una encuesta realizada entre 1958 y 1972, a partir de la cual se puede entender cómo se desanimó la opinión pública (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 79).

A partir de este contexto, Huntington ilustra el proceso por el cual la intervención estatal ha aumentado progresivamente también en los Estados Unidos (Crozier, Huntington, Watanuki,

1975, p. 65.74). El radicalismo político condujo, en primer lugar, a la perturbación del proceso económico ordinario: los gobiernos, presionados por las continuas demandas de los sindicatos, aumentaron los salarios de los empleados públicos para evitar huelgas. Las diversas administraciones tuvieron que elegir entre interrupciones del servicio público debido a las huelgas y la solicitud de estos trabajadores de aumentar los impuestos.

La forma más fácil y obviamente más frecuente de escapar de este dilema es aumentar los salarios sin aumentar los impuestos y, por lo tanto, aumentar aún más los déficits gubernamentales y la espiral inflacionaria que servirá como justificación de las demandas de salarios aún más altos. En la medida en que este proceso vaya acompañado de tasas bajas o negativas de crecimiento económico, los ingresos fiscales se limitarán aún más y el ciclo vicioso se exacerbará aún más. (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975, p. 77, mi traducción)

Según Huntington, esta decisión corría el riesgo de causar problemas de solvencia financiera, socavando aún más la confianza del gobierno. Huntington cree que la autoridad debería ser «estática»: el poder establecido debe ser el eje de la comunidad, mediando entre las partes, pero sin ceder ante solicitudes que imponen un cambio social excesivamente radical. Sin embargo, desde la década de 1960, la sociedad estadounidense en general ha entrado en el mismo círculo vicioso del que hablaba Crozier: ha comenzado a formular solicitudes a las que el gobierno ha intentado responder, pero sin éxito. Esto ha llevado a nuevas demandas aún más radicales.

El politólogo estadounidense aborda cuestiones similares a las del informe de la Comisión Trilateral en el trabajo *El orden político en las sociedades en cambio*.

Partiendo del supuesto de que existe una institución porque logra ganarse la confianza de la comunidad, Huntington dice que el Estado debería tener la capacidad de «encarnar el interés público» (Huntington, 1968, p. 40). Con esta expresión, el autor quiere decir que un gobierno debe ser capaz de liderar la sociedad. Si logra esto, entonces podemos hablar de una sociedad desarrollada, de una sociedad con un alto nivel de institucionalización.

El consenso otorgado a la autoridad no fue racional sino emocional. Además, si los beneficios de la autoridad, el condensador y el coordinador se han sentido con tanta fuerza, el proceso por el cual los ha producido no se ha analizado en los términos positivos que nos son familiares, por lo que se le han atribuido en masa. los beneficios que realmente se le deben, como la seguridad interna y otros, que no se le pueden atribuir, como la abundancia de cultivos.

Quizás durante decenas de milenios, los hombres han experimentado una correspondencia entre el funcionamiento de las autoridades políticas y el bienestar del grupo. (Jouvenel, 1955, p. 46, mi traducción)

Huntington está particularmente inspirado por Bertrand de Jouvenel, quien en la ópera *De la Souveraineté* dice que la falta de confianza hace que la consolidación del poder sea mucho más difícil. De hecho, evita el nacimiento de una sociedad compleja y la retirada de individuos en sus pequeñas comunidades tribales, tal vez en una guerra constante entre ellos. Es precisamente la presencia de conflictos sociales lo que hace necesaria la autoridad.

Referencias

- Carlyle, R. W y Carlyle A. J. (1903-1936). *A History of Political Political Medieval Theory in the West*. William Blackword and Sons.
- Crozier, M., Huntington, S., Watanuki, J. (1975) *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies*. New York University Press.
- Jouvenel, B. de. (1945). *Du Pouvoir: Histoire naturelle de sa croissance*, Ginebra: Éditions du Cheval ailé. *Sobre el Poder. Historia natural de su crecimiento*. Unión Editorial.
- Jouvenel, B. de. (1955). *De la souveraineté*. Génin. *La soberanía*. (1957). Ediciones Rialp, S. A.
- Huntington, S. P. (1957). *Conservatism as an Ideology*, en "The American Political Science Review", Vol. 51, N.º 2 (jun., 1957), pp. 454-473.
- Huntington, S. P. (1968). *Political Order in Changing Societies*. Yale University Press; *El orden político en las sociedades d cambio*. (1991). Editorial Paidós.
- Huntington, S. P. (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Simon & Schuster.